



**DESCUBRIENDO
EL CRISTIANISMO AUTÉNTICO EN
UNA ERA DE FALSIFICACIONES**

R. ALBERT MOHLER JR.



**EDITORIAL
PORTAVOZ**

La misión de *Editorial Portavoz* consiste en proporcionar productos de calidad —con integridad y excelencia—, desde una perspectiva bíblica y confiable, que animen a las personas a conocer y servir a Jesucristo.

Publicado originalmente en los Estados Unidos por Nelson Books con el título *The Apostles' Creed*, copyright © 2019 por Fidelitas Corporation, R. Albert Mohler Jr., LLC. Traducido con permiso. Todos los derechos reservados.

Edición en castellano: *El Credo de los Apóstoles* © 2020 por Editorial Portavoz, filial de Kregel Inc., Grand Rapids, Michigan 49505. Todos los derechos reservados.

Traducción: Nohra Bernal

Ninguna parte de esta publicación podrá ser reproducida, almacenada en un sistema de recuperación de datos, o transmitida en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico, mecánico, fotocopia, grabación o cualquier otro, sin el permiso escrito previo de los editores, con la excepción de citas breves o reseñas.

A menos que se indique lo contrario, todas las citas bíblicas han sido tomadas de la versión Reina-Valera © 1960 Sociedades Bíblicas en América Latina; © renovado 1988 Sociedades Bíblicas Unidas. Utilizado con permiso. Reina-Valera 1960™ es una marca registrada de American Bible Society, y puede ser usada solamente bajo licencia.

El texto bíblico indicado con “NBLA” ha sido tomado de la Nueva Biblia de las Américas, © 2005 por The Lockman Foundation. Todos los derechos reservados.

El texto bíblico indicado con “NVI” ha sido tomado de *La Santa Biblia, Nueva Versión Internacional*®, copyright © 1999 por Biblica, Inc.® Todos los derechos reservados.

EDITORIAL PORTAVOZ
2450 Oak Industrial Drive NE
Grand Rapids, Michigan 49505 USA
Visítenos en: www.portavoz.com

ISBN 978-0-8254-5928-3 (rústica)
ISBN 978-0-8254-6840-7 (Kindle)
ISBN 978-0-8254-7674-7 (epub)

1 2 3 4 5 edición / año 29 28 27 26 25 24 23 22 21 20

Impreso en los Estados Unidos de América
Printed in the United States of America

*Dedicado a
Henry Albert Barnes*

Nieto de incalculable gratitud, fuente de increíble gozo, promesa del futuro, señal de amor divino. Llevas los nombres de reyes, una señal de gran expectativa. Llevas un nombre que compartimos, una señal de la fidelidad de Dios de generación en generación. Eres muy amado por tus padres, por tus abuelos, y por Benjamín, tu hermano mayor. Nada más pensar en ti nos llena de felicidad inefable. Espero que puedas experimentar siquiera una medida del gozo que has traído a nuestras vidas y, ante todo, que puedas llegar a conocer a Cristo, para que un día glorioso digas, en la fe de los apóstoles y en la comunión de los santos de Cristo a lo largo de los siglos: "Creo".

Tu abuelo

CONTENIDO

<i>Prólogo</i>	11
<i>Introducción</i>	13
Capítulo 1 Dios Padre, Todopoderoso.	23
Capítulo 2 Creador del cielo y de la tierra	37
Capítulo 3 Jesucristo, su Unigénito Hijo, nuestro Señor	53
Capítulo 4 Concebido por el Espíritu Santo, nacido de la virgen María	67
Capítulo 5 Sufrió bajo Poncio Pilato.	81
Capítulo 6 Fue crucificado, muerto y sepultado	97
Capítulo 7 Descendió al infierno	117
Capítulo 8 Al tercer día resucitó de entre los muertos	121
Capítulo 9 Ascendió al cielo y está sentado a la diestra de Dios Padre Todopoderoso	131
Capítulo 10 Desde allí vendrá a juzgar a los vivos y a los muertos	149
Capítulo 11 El Espíritu Santo.	161

Capítulo 12 La santa Iglesia universal, la comunión de los santos	177
Capítulo 13 El perdón de los pecados	197
Capítulo 14 La resurrección del cuerpo, y la vida eterna . . .	215
<i>Agradecimientos</i>	233
<i>Acerca del autor</i>	237

*Creo en Dios Padre, Todopoderoso,
Creador del cielo y de la tierra.
Creo en Jesucristo, su Unigénito Hijo, nuestro Señor;
quien fue concebido por el Espíritu Santo,
nacido de la virgen María;
sufrió bajo Poncio Pilato;
fue crucificado, muerto y sepultado.
Descendió al infierno.
Al tercer día resucitó de entre los muertos.
Ascendió al cielo
y está sentado a la diestra de Dios Padre Todopoderoso.
Desde allí vendrá a juzgar a los vivos y a los muertos.
Creo en el Espíritu Santo,
la santa Iglesia universal,
la comunión de los santos,
el perdón de los pecados,
la resurrección del cuerpo,
y la vida eterna.
Amén.*

PRÓLOGO

Me impresionó la afirmación que hace el doctor Mohler en la introducción: “Todos los cristianos creen más de lo que abarca el Credo de los Apóstoles, pero ninguno puede creer menos que eso”. Esta afirmación es crucial para el propósito de este libro. Este resumen clásico de fe cristiana apareció por primera vez en el siglo cuarto y desde entonces ha sido memorizado y recitado, y se ha hecho parte de la adoración de los cristianos.

Muchos consideran que el credo contiene todo lo que cualquier persona necesita creer para ser contada entre los verdaderos creyentes, y que por lo tanto constituye la base de la unidad cristiana. Para ellos, se trata del “cristianismo puro” que nos une a todos. Algunos han afirmado que el Credo de los Apóstoles ha establecido las verdades no negociables, con el propósito de que todo el que esté de acuerdo con este credo antiguo sea considerado un cristiano verdadero.

En realidad, el credo no incluye doctrinas esenciales como la autoridad de las Escrituras, la depravación del hombre, la deidad de Cristo y el medio de la salvación, que es la justificación por

EL CREDO DE LOS APÓSTOLES

la fe. Por otro lado, contiene elementos no esenciales como el papel de Pilato y el descenso al infierno.

En 1681, un teólogo reformado holandés llamado Herman Witsius publicó en latín una serie de disertaciones acerca del Credo de los Apóstoles (que se ha publicado de nuevo recientemente). Lo hizo para revestir de carne teológica los huesos de esta bella declaración. En el siglo XIX, William Cunningham (uno de los fundadores de la iglesia libre de Escocia y autor de *Historical Theology*) escribió acerca del credo: “Si los hombres apelan al credo como prueba de su ortodoxia, están naturalmente obligados a explicar su significado”.

Es hora de que esta generación reciba el mismo regalo del que gozaron aquellos hombres en generaciones pasadas. El doctor Mohler lo ha hecho. Aquí lo tenemos plasmado en ideas frescas y doctrinalmente ricas de nuestro amigo confiable y erudito bíblico, quien con la viva luz de su mente santificada ilumina las riquezas esbozadas en estas antiguas palabras. Lee y lo verás.

John MacArthur

INTRODUCCIÓN

Creo; ayuda mi incredulidad.

—MARCOS 9:24

Empezó como una tarea. Terminó siendo un gran acontecimiento en mi vida cristiana. Mi profesor de Historia de la Iglesia asignó como tarea a la clase memorizar el Credo de los Apóstoles. Obediente a la instrucción, empecé a memorizar esta afirmación histórica de la fe cristiana palabra por palabra, frase por frase, verdad por verdad. En unas pocas horas aprendí de memoria el Credo de los Apóstoles, y estaba listo para recitarlo en clase. Sin embargo, aun en ese momento supe que algo más había sucedido.

Como joven, me di cuenta de que esta antigua confesión de fe es el cristianismo. Esto es lo que creen los cristianos, lo que todos los cristianos creen. El Credo de los Apóstoles trasciende el tiempo y el espacio para unir a todos los verdaderos creyentes en una sola fe santa y apostólica. Este credo es la síntesis de lo que enseña la Biblia, una descripción del amor redentor de Dios, y una declaración concisa de cristianismo básico.

Todos los cristianos creen más de lo que abarca el Credo de los Apóstoles, pero ninguno puede creer menos que eso.

EL CREDO DE LOS APÓSTOLES

Los cristianos de la antigüedad honraron este credo. Los mártires lo recitaron. Los reformadores protestantes continuaron usando el Credo de los Apóstoles en la adoración y en la enseñanza de los creyentes.

Hay gran poder en saber que cuando confesamos el Credo de los Apóstoles, ya sea solos o en la adoración colectiva, declaramos la verdad de la fe cristiana con las mismas palabras que infundieron esperanza a los cristianos de la iglesia primitiva, que enviaron a la muerte a los mártires llenos de confianza, y que han instruido a la iglesia de Cristo a lo largo de los siglos.

Fue la tarea más importante que me asignaron en mis años de seminario.

Creo. Esta es una de las palabras más explosivas que puede pronunciar un ser humano. Abre la puerta a la vida eterna y expresa el fundamento de la fe cristiana. La fe se erige como el centro mismo de la fidelidad cristiana y es donde empieza el cristianismo para el cristiano. Entramos en la fe y hallamos vida eterna en Cristo respondiendo a la verdad con confianza; es decir, creyendo.

Sin embargo, el cristianismo no se trata de creer en una *creencia*. Es creer en una verdad proposicional: Que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios y el Salvador de los pecadores. No creemos en un Cristo de nuestra imaginación, sino en el Cristo de las Escrituras, el Cristo en el que ha creído cada generación de cristianos verdaderos. Por otra parte, además de creer en Cristo, está la creencia en todo lo que Jesús enseñó a sus discípulos. Mateo escribió que Jesús dio instrucciones a sus discípulos acerca de enseñar a otros a observar todo lo que Él les había ordenado (Mateo 28:18-20). Por lo tanto, no existe cristianismo sin creer, sin enseñar y sin obedecer a Cristo.

Sin embargo, ¿a qué acudimos para saber cómo creer y qué creer? En primer lugar, por supuesto, a la Biblia, la Palabra

INTRODUCCIÓN

misma de Dios. La Biblia es nuestra única fuente suficiente y la norma de fe infalible, y el reflejo cristiano de acudir a la Biblia es siempre correcto. La Biblia está libre de error, es completamente digna de confianza y es verdadera. Es la Palabra de Dios inspirada. Nada se le puede añadir ni quitar. Cuando leemos el Nuevo Testamento, encontramos que Cristo transmitió la fe a los apóstoles, que Él mismo les enseñó. Cualquier forma de creencia que no se conforme a las enseñanzas de Cristo a los apóstoles es falsa, es una religión que no puede salvar.

El Nuevo Testamento se refiere al cristianismo auténtico como “la fe que ha sido una vez dada a los santos” (Judas 3). El cristianismo verdadero es uno que descansa sobre la verdad, una fe de creencias indiscutibles que todos los creyentes a lo largo de los siglos han atesorado y que ha sido entregada a la iglesia *una vez y para todos*.

Este es uno de los grandes prodigios del cristianismo y una explicación de por qué todos los cristianos verdaderos sostienen las mismas creencias esenciales y lo han hecho de ese modo a lo largo de dos mil años: como cristianos, creemos lo que los apóstoles creyeron, y queremos transmitir esa misma fe a la siguiente generación.

Además, queremos adorar como los apóstoles, y predicar y enseñar como ellos lo hicieron. Con este fin, acudimos primero a la Biblia, pero también acudimos a las fieles síntesis históricas de la fe cristiana, y de ellas la más auténtica, histórica y universal es el Credo de los Apóstoles.

Desde sus comienzos, la iglesia ha enfrentado el doble reto de afirmar la verdad y de confrontar el error. Durante siglos, la iglesia ha recurrido a una serie de credos y confesiones de fe con el objetivo de definir y defender el cristianismo verdadero. La confesión de fe que conocemos como el Credo de los Apóstoles es una de las más importantes. A lo largo de muchos siglos y

EL CREDO DE LOS APÓSTOLES

de manera ininterrumpida ha permanecido como uno de los instrumentos más esenciales para la enseñanza de la fe cristiana, junto con los Diez Mandamientos y el Padrenuestro.

Aunque el Credo de los Apóstoles no fue escrito por los apóstoles, refleja el esfuerzo de la iglesia primitiva de expresar y sintetizar la fe que Cristo confió a los apóstoles. Los primeros cristianos denominaron al credo “la norma de la fe”, y lo usaron en la adoración y en la enseñanza de los fieles. Sin embargo, surge una pregunta: ¿Por qué necesitamos hoy un libro acerca del Credo de los Apóstoles? ¿Qué relevancia tiene y qué beneficio puede resultar de examinarlo? Algunos se oponen a la idea misma de considerar unas palabras antiguas. Otros afirman que los cristianos no deben abrazar otro credo aparte de la Biblia, y el imperativo de “no tener credo sino a Cristo”. Por supuesto, el problema es que todos necesitamos una síntesis de lo que enseña la Biblia, y la iglesia necesita una norma sólida para reconocer el verdadero cristianismo y rechazar las doctrinas falsas.

Más aún, detrás de algunas objeciones al Credo de los Apóstoles se esconde algo sumamente peligroso: el deseo de una fe sin doctrina. Algunos abogan por un cristianismo que no requiere doctrinas formales ni mandatos doctrinales. Sin embargo, la historia del cristianismo está plagada de los escombros que dejan muchos de esos movimientos, cada uno de los cuales dejó a su paso las vidas rotas de personas cuya fe se disolvió a falta de una estructura doctrinal.

La idea de un cristianismo sin doctrina entra en conflicto con las palabras de Cristo, quien se reveló a los apóstoles en términos explícitamente doctrinales. Jesús se reveló a sí mismo con afirmaciones de la verdad. Él se identificó como el Hijo del Hombre y demostró su deidad, refiriéndose incluso a sí mismo repetidamente como “Yo soy” en el Evangelio de Juan, llevando el nombre que Dios se asignó a sí mismo cuando habló a Moi-

INTRODUCCIÓN

sés desde la zarza ardiente (Éxodo 3:13-16). Un cristianismo sin doctrina también contradice lo que Cristo ordenó a sus apóstoles: hacer discípulos de todas las naciones y enseñarles a obedecer todo lo Cristo había mandado (Mateo 20:18-20). Este mandato exige doctrina.

Aquí debemos recordar simplemente que doctrina, como lo explicó un gran historiador del cristianismo, es “lo que la iglesia cree, enseña y confiesa de acuerdo con la Palabra de Dios”.¹ Toda iglesia que cree, enseña y adora tiene alguna doctrina. La pregunta es: ¿Son las doctrinas correctas, son las enseñanzas correctas?

El Credo de los Apóstoles sigue vigente como una destilación de la fe cristiana. El credo instruye, guía, defiende y consagra las gloriosas verdades que dan respuesta a la pregunta más importante que alguien pueda plantearse: “¿Qué debo hacer para ser salvo?”. El carcelero filipense le hizo la misma pregunta a Pablo, y Pablo respondió: “Cree en el Señor Jesucristo” (Hechos 16:30-31).

Esta respuesta revela, una vez más, lo absolutamente primordial que es el acto de creer en la fe cristiana. Y en quién hemos de creer está claro: Jesucristo. Sin embargo, las Escrituras contienen verdades fundamentales que los creyentes también deben atesorar y afirmar. Los credos sirven a esa búsqueda de la verdad que es necesaria para el testimonio cristiano fiel. Durante casi dos mil años, el Credo de los Apóstoles ha provisto para la iglesia una síntesis venerada de doctrina cristiana esencial. Distingue la verdad del error, la luz de las tinieblas, y la vida de la muerte. En efecto, el Credo de los Apóstoles permanece como un referente de ortodoxia para guiar a la iglesia.

1. Jaroslav Pelikan, *The Emergence of the Catholic Tradition* (Chicago: Chicago University Press, 1971), 1.

EL CREDO DE LOS APÓSTOLES

Cada frase del Credo de los Apóstoles empieza con la palabra latina *credo*, “creo”. Al igual que la respuesta de Pablo al carcelero filipense, el credo afirma la conexión integral de la fe con la vida cristiana. Los cristianos son un pueblo que cree, conformado por personas que creen en las declaraciones de verdad objetiva de las Escrituras. Por lo tanto, la verdad no descansa en sentimientos subjetivos acerca de lo bueno y lo malo. La verdad fluye de la realidad objetiva de la sangre de Jesucristo, donde Dios reveló su gloria, su voluntad y sus propósitos para toda la humanidad. La verdad se deriva de lo que Dios ha hecho por los pecadores en Cristo. En la medida en que la iglesia reconoció esta verdad, buscó consagrarla en credos o afirmaciones de lo que creen los cristianos que es lo verdadero, esencial y espléndido; espléndido porque permite que sean vistos en toda su plenitud el esplendor de la verdad y el esplendor de Cristo.

Por lo anterior, un estudio del Credo de los Apóstoles no podría ser más relevante en esta era moderna. Una revolución cultural se extiende por occidente, borrando las líneas que separan la realidad de la ficción. Denominaciones cristianas enteras se han rendido ante los caprichos de esta revolución y han renunciado a las verdades fundamentales de su fe. En dicha rendición estas iglesias han perdido su identidad como pueblo de Dios. Por consiguiente, todas las iglesias deben recuperar y revitalizar su celo por todas las doctrinas contenidas en el Credo de los Apóstoles. Cada *credo* condensa la esencia misma y el fundamento de lo que cree el pueblo de Dios, y lo que *siempre* ha creído.

A la luz de esta realidad, los cristianos deben permanecer firmes y unidos en las verdades esenciales de las Escrituras. Los padres de la iglesia comprendieron este hecho, y es la razón por la cual trabajaron de manera tan diligente para brindar a la iglesia síntesis fieles de la enseñanza de las Escrituras, como el Credo de los Apóstoles.

INTRODUCCIÓN

A medida que analizamos el credo, considera estas siete razones por las cuales el Credo de los Apóstoles es útil y necesario en la vida de la iglesia.

1. *Los credos definen la verdad.* Jesucristo dijo a sus discípulos: “Y conoceréis la verdad, y la verdad os hará libres” (Juan 8:32). Debemos estudiar los credos de la fe, siempre que abracen debidamente las Escrituras, porque estos delimitan las verdades de nuestra fe. La verdad libera al pueblo de Dios del pecado, de la corrupción y del mundo que está bajo la desolación del pecado. La verdad abre camino a una esperanza eterna en el glorioso esplendor de Dios y de su evangelio para la humanidad. Como los credos enseñan la verdad, adoptan un poder que libera al cautivo.
2. *Los credos rectifican el error.* La realidad de la verdad presupone la existencia del error. Sin embargo, en el siglo presente encontramos, quizá por primera vez, una generación que se opone a la existencia de la verdad. No obstante, la iglesia ha entendido desde su fundación que la herejía y la falsa enseñanza existen y representan un serio peligro para el pueblo de Dios. De hecho, ningún error supone un peligro más grande para la iglesia y el mundo que el error teológico. La herejía, la negación de una doctrina central del cristianismo, se aparta de la verdad y tiene repercusiones eternas. La iglesia necesita los credos no solo para enseñar la verdad, sino para protegerse del error.
3. *Los credos proveen normas y estándares para el pueblo de Dios.* El Credo de los Apóstoles funciona como una baranda de protección para nuestra enseñanza e instrucción. En efecto, los credos protegen a los maestros de caer en el error al brindarles una norma que pueden

EL CREDO DE LOS APÓSTOLES

seguir, y unos límites para la discusión teológica y el desarrollo saludables. Una de las funciones más importantes del Credo de los Apóstoles, como todo credo fidedigno, es ayudar a la iglesia a enseñar y a preparar a los nuevos creyentes para que sean fieles y maduren en la fe de la iglesia. Con frecuencia, en la iglesia primitiva se les pedía a los nuevos creyentes declarar los postulados del Credo de los Apóstoles uno a uno, afirmando lo que creen y confesando la fe cristiana verdadera.

4. *Los credos enseñan a la iglesia a adorar y a confesar la fe.* El Credo de los Apóstoles delinea las verdades más gloriosas y espléndidas de la fe cristiana. Guía con naturalidad nuestra alma a la adoración sincera y a la alabanza a Dios. Por tanto, los credos guían a la iglesia en la adoración y contienen las verdades más preciosas por medio de las cuales podemos adorar a Dios y alabar debidamente su nombre. En adoración corporativa las voces se unen de tal modo que mi *creo* se convierte en *creemos*, uniendo a todos los creyentes, tanto los vivos como los que ya están con Cristo.
5. *Los credos nos conectan con la fe de nuestros padres.* El finado teólogo histórico Jaroslav Pelikan escribió: “La tradición es la fe viva de los muertos, el tradicionalismo es la fe muerta de los vivos”.² Ciertamente los anales de la historia de la iglesia y los respetados credos de la fe contienen algunas de las herencias más preciosas que poseen los cristianos modernos. El Credo de los Apóstoles, más que palabras en una página, comprende el testimonio fiel de quienes han terminado fielmente la carrera.

2. Jaroslav Pelikan, *The Vindication of Tradition* (New Haven: Yale University Press, 1986), 63.

INTRODUCCIÓN

6. *Los credos sintetizan la fe.* Ningún credo ni declaración puede reemplazar las Escrituras. Sin embargo, como hemos visto, esto no significa que los credos no tengan su lugar en la vida cristiana. Quienes son partidarios de no tener credo aparte de la Biblia han perdido un gran regalo que ayuda a conservar el cristianismo bíblico. Esta posición cuestionable no logra comprender el corazón de los credos y las confesiones. Estos documentos no buscan *reemplazar* las Escrituras. Antes bien, buscan resumir con exactitud su contenido en declaraciones sucintas con el propósito de equipar a los cristianos con breves pero cruciales sumarios de la fe.
7. *Los credos definen la verdadera unidad cristiana.* Por último, las afirmaciones del Credo de los Apóstoles entretienen una estructura que reúne a todos los cristianos en los vínculos genuinos de la unidad. Las declaraciones de fe y los credos de la iglesia unen a los creyentes de todas las eras en la verdad inmutable de la revelación de Dios. En efecto, las afirmaciones de estos credos pueden subsanar las divisiones denominacionales al congregarse hermanos y hermanas de todo el planeta y a lo largo de toda la historia alrededor de los pilares de la fe, la esencia de lo que significa ser cristiano. La verdadera unidad cristiana es la unidad en la verdad revelada por Cristo, no la unidad a expensas de la verdad, como se ha vuelto costumbre. El Credo de los Apóstoles no confiesa una forma de mínimo común denominador de la verdad cristiana. Confiesa con firmeza la grandeza del cristianismo auténtico en una serie de declaraciones poderosas de la fe cristiana.

Ahora vemos por qué un estudio del Credo de los Apóstoles no es solo interesante, sino una necesidad urgente. El Credo de

EL CREDO DE LOS APÓSTOLES

los Apóstoles, el más respetado de los credos, expone el núcleo fundamental de la fe cristiana. En sus afirmaciones se encuentran verdades grandiosas y eternas. De hecho, entrelazadas en el Credo de los Apóstoles están nada menos que las insondables riquezas de nuestro Dios, el conocimiento incomparable de Cristo, y la verdadera identidad teológica del pueblo de Cristo. Por ello nos disponemos a considerar una a una cada frase del credo, a fin de extraer sus riquezas en cada capítulo.

CAPÍTULO UNO

DIOS PADRE, TODOPODEROSO

¿Cómo empezamos siquiera a hablar de Dios, y con qué derecho lo llamamos nuestro Padre? Tener la osadía de afirmar que se habla con Dios parece ya bastante monumental, pero ¿atreverse además a llamar al Dios Todopoderoso nuestro Padre? Esto es exactamente lo que los cristianos hacen y lo que Jesús les enseñó hacer. Jesús enseñó a sus discípulos a orar diciendo “*Padre nuestro* que estás en los cielos” (Mateo 6:9).

Los teólogos modernos han tenido un gran problema con el Dios de la Biblia. Cuando recién empezaba mis estudios en el seminario, me asignaron leer un libro escrito por Gordon Kaufman, teólogo de la Universidad de Harvard, que se titulaba *God the Problem* [Dios, el problema].¹ Kaufman escribió su libro

1. Gordon D. Kaufman, *God the Problem* (Cambridge, MA: Harvard University Press, 1972).

pocos años después que la revista *Time* escandalizara a la nación con su artículo de portada del 8 de abril de 1966, “¿Dios ha muerto?”. El artículo de portada reportó que muchos teólogos eruditos y profesores liberales ya no creían en Dios. Kaufman sostuvo que los teólogos modernos necesitaban inventar un lenguaje completamente nuevo para hablar acerca de Dios. Él consideraba que el lenguaje de la Biblia era anticuado e indigno de los pensadores modernos.

Kaufman argumentó además que los teólogos debían encontrar una nueva forma de sostener que la palabra *Dios* todavía era significativa. Según él, el Dios que existió en la teología antigua ya no existe, de modo que los teólogos en existencia necesitan encontrar una nueva forma de hablar de Dios como alguien real. Sin embargo, a Kaufman le incomodaba hablar de Dios, en cualquier sentido, como alguien real. Al final, su libro fue una especie de argumento que permitió dar empleo a los teólogos en instituciones educativas como la Universidad de Harvard cuando ellos habían dejado de creer en Dios.

Unos días después de empezar la clase, un estudiante anónimo dibujó una caricatura satírica en la pizarra del aula que consistía en un libro titulado *Gordon Kaufman, el problema*, cuyo autor era Dios. La clase entera entendió de inmediato el sentido. Si hay un problema teológico, no es Dios. El problema somos nosotros.

A diferencia de Kaufman y de los teólogos que promulgan que “Dios ha muerto”, nosotros sí sabemos cómo hablar acerca de Dios, y sí sabemos quién es Dios. La razón por la cual sabemos estas cosas es porque Dios ha hablado. Dios se ha revelado tanto en la naturaleza como en las Escrituras, y lo que separa la teología moderna del cristianismo bíblico es la falta de respeto por las Escrituras y por la autoridad de Dios que existe en la modernidad. En vez de apoyarse en la revelación de Dios mismo en las Escrituras, muchas teologías modernas prefieren

la especulación y la conjetura como su método teológico. Gran parte de este esfuerzo se convierte en una forma de espiritualidad posmoderna popular que poco tiene que ver con el cristianismo histórico y la enseñanza bíblica.

La espiritualidad popular permea las conferencias de autoayuda, los éxitos de librerías y los espectáculos televisivos. Estos necios hablan acerca de lo “supernatural”, lo “sagrado”, lo “numinoso”, lo “santo”, lo “divino”, lo “incondicional” o el “propósito del ser”. Sin embargo, ninguna deidad difusa, indefinida y ambigua puede salvar. Solo *Dios* puede salvar. Estas representaciones de Dios elusivas y generalizadas no son más que pequeñas idolatrías endebles. Ninguna de ellas puede sustituir la revelación personal de Dios en la Biblia. Lo que los cristianos necesitan con urgencia en este momento es volver al cristianismo histórico, el cristianismo que surgió de la rica devoción doctrinal y del fervor evangelístico de los apóstoles.

Nuestro Dios que se revela a sí mismo

A. W. Tozer resumió de manera brillante la totalidad del discipulado cristiano cuando dijo: “Lo que viene a nuestra mente cuando pensamos en Dios es lo más importante acerca de nosotros”.² Lo que quiere decir la iglesia cuando emplea la palabra *Dios* revela todo acerca de nuestra adoración y de nuestra integridad teológica. Si partimos de un concepto erróneo de Dios, vamos a malinterpretar toda la fe cristiana. Este hecho explica por qué los herejes y los falsos maestros a menudo empiezan rechazando la doctrina de la Trinidad. Si podemos rechazar a Dios como se revela en las Escrituras, podemos y acabaremos por rechazar todo lo demás.

2. A. W. Tozer, *The Knowledge of the Holy* (Nueva York: Harper One, 1961), 1. Publicado en español con el título *El conocimiento del Dios santo* por Editorial Vida.

EL CREDO DE LOS APÓSTOLES

Desde los tiempos de los apóstoles, la iglesia ha defendido la declaración: *Credo in Deum Patrem Omnipotentem*: “Creo en Dios Padre, Todopoderoso”. Observa que el Credo de los Apóstoles no empieza simplemente con las palabras “Creo en Dios”. En lugar de esto, va más allá de esa simple frase para describir la identidad y el carácter de Dios. La fe cristiana no está fundada en una deidad abstracta o en “un dios”. No confesamos: “Creo en lo numinoso. Estamos aquí en el nombre de lo sobrenatural, lo sagrado, lo divino”. No nos congregamos en el nombre del “tres veces incondicionado” o alguna otra forma de especulación.

Según las Escrituras, todas las personas saben que Dios existe, aun si afirman rechazar dicho conocimiento. Como Pablo escribió, “las cosas invisibles de [Dios], su eterno poder y deidad” son “claramente visibles” (Romanos 1:20). El problema es que la humanidad rechaza impiamente esa revelación y restringe la verdad (Romanos 1:18). Las consecuencias de esta restricción de la verdad son una confusión abismal y una especulación fatal y vana. En vez de volverse a Dios que se ha revelado en la creación, los hombres se construyen ídolos o niegan la existencia misma de Dios, una convicción que la Biblia condena como absoluta necedad (Salmo 14:1).

Si Dios no se revelara a nosotros, estaríamos completamente perdidos. No somos lo bastante inteligentes, ingeniosos ni perspicaces para alcanzar por nuestra cuenta un conocimiento verdadero del Dios verdadero. Esta es la razón por la cual la revelación de Dios de sí mismo constituye un acto de su gracia. Como explicó bellamente el teólogo evangélico Carl F. H. Henry, Dios nos ama tanto que “renuncia a su propia privacidad personal para que sus criaturas lo conozcan”.³ Si Dios no se

3. Carl F. H. Henry, *The God Who Speaks and Shows*, Vol. 3 de *God, Revelation, and Authority* (Wheaton: Crossway, 1999), 405.

hubiera negado a su propia privacidad personal, si no se hubiera revelado a nosotros, estaríamos perdidos y atrapados en los mismos patrones de especulación, confusión y vanidad que afecta a quienes no han creído las Sagradas Escrituras. Solo las Escrituras revelan claramente quién es Dios y quiénes somos nosotros.

Nuestros corazones son tan corruptos que estamos condenados a ser ignorantes si no fuera porque Dios se revela a sí mismo. Calvino describió el corazón humano en su estado caído como un “perpetuo taller para fabricar ídolos”,⁴ que produce y procesa constantemente nuevos ídolos de la imaginación. A veces estos ídolos adquieren una forma material, pero en nuestros días los ídolos adoptan por lo general formas filosóficas e ideológicas.

Este hecho fue demostrado hace varias décadas cuando los sociólogos en Gran Bretaña llevaron a cabo un extenso estudio acerca de las convicciones religiosas de los británicos, específicamente su creencia en Dios.⁵ Lo que reveló la encuesta es que, aunque muchos creen en un dios, no creen que es personal, no creen que interviene en la historia humana, y no creen que tenga algo que ver con la persona y la obra de Cristo. Un entrevistado resumió su visión de dios de manera sucinta. Cuando le preguntaron: “¿Cómo describiría al dios en el que cree?”, su respuesta fue: “Ah, un dios cualquiera, nada más”.

Muchas personas con quienes interactuamos en nuestros vecindarios y lugares de trabajo solo creen en un “dios cualquiera”. Más aterrador aún es que muchas personas que están sentadas a nuestro lado en adoración creen en “un dios cualquiera, nada más”. Este dios cualquiera no es el Dios de la Biblia. El primer artículo del credo refiere no un dios cualquiera ni del dios de los filósofos, sino el Dios santo que se ha revelado en las Escrituras.

4. Juan Calvino, *Institución de la religión cristiana* (Rijswijk: FELIRE, 1999), 56.

5. N. Abercrombie, “Superstition and Religion: The God of the Gaps”, *A Sociological Yearbook of Religion in Britain* (Londres: SCM Press, 1970), 93-129.

La identidad cristiana está marcada por la confesión de Dios Padre, Todopoderoso. El contenido de la fe cristiana empieza con la afirmación del Dios que es, que habló y que se reveló a sí mismo. Cuando el Credo de los Apóstoles empieza con estas palabras: “Creo en Dios Padre, Todopoderoso”, señala de inmediato el contenido esencial de nuestra fe: la naturaleza trinitaria de Dios. Sin esta afirmación, el cristianismo es incoherente, insostenible.

Nuestro Padre: Un Dios personal

El credo, como las Escrituras, señala que la primera persona de la Trinidad se ha revelado a sí mismo a nosotros como “Padre”. En otras palabras, no se trata de una deidad distante e incognoscible, sino de un Dios con quien podemos tener una relación personal. Dios no es una fuerza, un principio ni un “poder superior”. Antes bien, Él se ha revelado como el Padre de nuestro Señor Jesucristo (Efesios 1:3).

La revelación de Dios como “Padre” tiene sus orígenes en el Antiguo Testamento, donde Dios se describe como el Padre de Israel (Deuteronomio 32:6). El amor paternal de Dios también está presente a todo lo largo del Antiguo Testamento. El profeta Oseas describió a Dios como un Padre que lleva a Israel como un niño (Oseas 11:1-4), y David lo describió como “un Padre de huérfanos” (Salmo 68:5).

La revelación completa de Dios como Padre se manifiesta en la vida y el ministerio de Jesús. Jesús, como “el Hijo”, tenía una relación única con el Padre. En una ocasión, Jesús dijo: “Yo y el Padre uno somos” (Juan 10:30). En otro momento dijo: “Porque he descendido del cielo, no para hacer mi voluntad, sino la voluntad del que me envió” (Juan 6:38). La unión entre el Padre y el Hijo trasciende las relaciones humanas y es parte

del misterio de la Trinidad: Que Dios es uno, y que el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo son Dios.

Si la entendemos debidamente, esta relación trinitaria, la unidad en la Trinidad y la Trinidad en unidad, nos inspira y nos enseña cómo relacionarnos con el Dios de las Escrituras, quien es a la vez personal y trascendente. De hecho, Jesús fue quien nos enseñó que podíamos llamar a Dios “nuestro Padre”, cuando instruyó a sus discípulos a orar con estas palabras: “Padre nuestro que estás en los cielos, santificado sea tu nombre” (Mateo 6:9). Estas palabras implican no solamente que los discípulos de Jesús tenían permitido orar a Dios, sino que se nos enseña específicamente a orar a Dios como “Padre”.

Entender la relación trinitaria y el papel del Padre no es solo una cuestión teórica, sino un pilar central en la vida de cada cristiano. Como nos recuerda Helmut Thielicke, la parábola del hijo pródigo se entiende mejor quizá como la “parábola del padre que espera”,⁶ porque en este pasaje vemos una imagen del cuidado personal, salvador y pródigo de Dios por aquellos que se arrepienten y se vuelven a Él. Por medio de la unión con Cristo, el Hijo verdadero, también nos convertimos en hijos de Dios. Y, como nos recuerda Pablo, si somos hijos somos también herederos del reino de Dios (Gálatas 4:7).

Lamentablemente, muchos teólogos han usado la doctrina de la paternidad de Dios para tergiversar su carácter y promover una enseñanza herética acerca de Dios y de su obra redentora. Los liberales del siglo XIX fueron particularmente culpables de este error, al alegar que el amor paternal de Dios está disponible para cualquier persona, incluso para quienes no están en Cristo. Como han señalado un gran número de historiadores, muchos

6. Helmut Thielicke, *The Waiting Father: Sermons on the Parables of Jesus* (Cambridge: Lutherworth Press, 2015).

EL CREDO DE LOS APÓSTOLES

liberales del siglo XIX tenían solo dos doctrinas principales: “La paternidad de Dios y la hermandad del hombre”.

En un sentido, debemos en efecto afirmar que Dios se muestra “paternal” hacia toda su creación, y que ejerce un cuidado providencial sobre la humanidad entera. El hecho de que todo ser humano en cualquier lugar exista, viva y respire constituye un testimonio de la relación paternal y benevolente entre el Creador y su creación. Sin embargo, esto no significa que Dios sea “Padre” de todas las personas en un sentido personal y salvador. Las Escrituras afirman claramente que nos convertimos en hijos de Dios solo en virtud de nuestra unión con Cristo y al ser adoptados en la familia de Dios (Gálatas 4:4-5; Efesios 1:4-5).

La Fe y Mensaje Bautista resume estos puntos de manera práctica cuando declara:

Dios como Padre reina con cuidado providencial en su universo, en sus criaturas y en la corriente de los ríos de la historia humana según los propósitos de su gracia. Él es todopoderoso, omnisciente, todo amor y todo sabio. Dios es verdaderamente Padre de todos aquellos que lleguen a ser hijos de Él por medio de la fe en Cristo Jesús. Él es paternal en su actitud hacia todos los hombres.

El hecho de que los seres humanos tengan un mundo donde vivir, junto con el don del alimento y de los recursos naturales constituye una evidencia de que Dios sustenta la humanidad de un modo paternal. Sin la provisión diaria de Dios, toda la vida desaparecería rápidamente. “Porque en él vivimos, y nos movemos, y somos” (Hechos 17:28). La vida en sí misma es un regalo.

Al mismo tiempo, reconocer a Dios como la fuente y el sustentador de la humanidad no supone ninguna forma de universalismo. Una cosa es afirmar que el Padre “hace salir su sol

sobre malos y buenos, y que hace llover sobre justos e injustos” (Mateo 5:45). Es otra muy diferente afirmar que Dios está obligado a salvar a todos porque Él es Padre. En la Biblia, el camino para conocer verdaderamente a Dios como Padre en un sentido salvador es por medio del Hijo, y solo por medio del Hijo. Como enseñó Jesús, “el que me ha visto a mí, ha visto al Padre” (Juan 14:9), porque “Yo y el Padre uno somos” (Juan 10:30). Solo por medio del Hijo llegamos a conocer al Padre.

¿Dios nuestra Madre?

Además del universalismo, algunos teólogos han atacado también la noción de Dios como Padre en otro frente. Por ejemplo, los teólogos feministas se niegan a llamar Padre a Dios. Los feministas consideran el título “Padre” una evidencia del patriarcalismo antiguo y represivo. Mary Daly pronunció las famosas palabras: “Si Dios es hombre, entonces el hombre es Dios”.⁷ Sin embargo, esa afirmación es cuestionable prácticamente a todo nivel. Decir que Dios es Padre no equivale a decir que Dios tenga género. Nosotros simplemente hablamos según los términos que habla la Biblia. Afirmamos que Dios es Padre, Hijo y Espíritu. Esa afirmación no implica que Dios tenga un género del mismo modo que lo tienen sus criaturas. Como declaró Carl Henry:

El Dios de la Biblia es un Dios asexuado. Cuando las Escrituras hablan de Dios como “Él”, el pronombre es primordialmente personal (genérico) en lugar de masculino (específico); enfatiza la personalidad de Dios y, a su vez, la del Padre, el Hijo y

7. Mary Daly, *Beyond God the Father: Toward a Philosophy of Women's Liberation* (Boston: Beacon Press, 1973), 19.

EL CREDO DE LOS APÓSTOLES

el Espíritu como personas distintas de la Trinidad, contrario a las entidades impersonales.⁸

Este lenguaje masculino no solo está escrito en la trama de las Escrituras, es necesario para la comprensión de la realidad de la Trinidad: el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo. Alterar esto no es el simple uso de la creatividad en la adoración, sino que equivale a crear un dios falso. No tenemos derecho a exigir tal cambio.

Con todo, en los últimos cuarenta años, ciertos teólogos y traductores de la Biblia han exigido que cambiemos, en lo tocante a Dios, el lenguaje “masculino” de las Escrituras. En ese lapso de tiempo, varias denominaciones han publicado nuevos himnarios y liturgias que desbordan en reinversiones de la identidad de Dios por parte de revisionistas y feministas. En 2006, la iglesia presbiteriana estadounidense adoptó un informe que permitió a los miembros de la denominación experimentar con nuevos títulos trinitarios, títulos que según ellos no intentaban reemplazar Padre, Hijo y Espíritu, sino que más bien se proponían complementarlos.⁹

El informe sugiere que, además de la fórmula trinitaria tradicional, podíamos hablar ahora de tríadas tales como “Arcoíris, Arco y Paloma”,¹⁰ “Roca, Piedra angular y Templo”,¹¹ e incluso “Fuego que consume, Espada que divide y Tormenta que derrite montes”.¹² Entre ellas, la fórmula feminista más explícita fue: “Madre compasiva, Hijo amado, Vientre dador de vida”.¹³ Esa

8. Carl F. H. Henry, *God, Revelation and Authority* (Illinois: Crossway, 1999), 5:159.

9. 217th General Assembly Council, “The Trinity: God’s Love Overflowing”, 2006.

10. 217th General Assembly Council, 398-399.

11. 217th General Assembly Council, 420-421.

12. 217th General Assembly Council, 423-424.

13. 217th General Assembly Council, 408-409.

“trinidad”, al igual que las demás, definitivamente no es el Dios de la Biblia, sino un ídolo.

Además de esto, otros se han opuesto a llamar a Dios “Padre” porque creen que para muchas personas ese término hace alusión a padres ausentes o maltratadores. Tales personas argumentan que, a la luz de esa desdichada realidad, este término debería desecharse. Aunque es verdaderamente trágico que muchos niños hayan crecido sin padres comprometidos, amorosos y llenos de gracia, esta realidad no nos da el derecho a dar por sentado que nuestras propias percepciones negativas de los padres puedan traducirse a la paternidad de Dios. Antes bien, hemos de ver la revelación que Dios nos presenta en las Escrituras de sí mismo, de su propio carácter y de su propio ser, como la paternidad ideal. Es Dios Padre quien define lo que un padre humano debería ser, y no al revés. El hecho mismo de que nosotros sepamos cómo *deberían* ser los padres humanos demuestra que sabemos que sí existe un padre ideal. Como resultado, solo lograremos restaurar la vida familiar y el verdadero entendimiento de la paternidad, cuando podamos afirmar sin dudas y sin reservas: “Creo en Dios, Padre Todopoderoso”.

El Padre Todopoderoso

El Credo de los Apóstoles no solamente afirma “creo en Dios Padre”, sino que añade “creo en Dios, Padre *Todopoderoso*”. Así como Dios es personal, también es todopoderoso. Dios es próximo, pero también trascendente. Como señalan las Escrituras, Dios es *El Shaddai*, el Dios Todopoderoso (Génesis 17:1). Esta afirmación de la soberanía absoluta de Dios dirige todo lo que sigue más adelante en el credo. Dios es quien es todopoderoso y omnisciente, y quien gobierna la creación. Aun el rey Nabucodonosor confesó: “él hace según su voluntad en el

ejército del cielo, y en los habitantes de la tierra, y no hay quien detenga su mano, y le diga: ¿Qué haces?” (Daniel 4:35).

En el Credo de los Apóstoles, la palabra *Todopoderoso* es un compuesto que busca representar todos los atributos de Dios, la plenitud de las perfecciones de Dios. Todos los atributos de Dios, su omnipotencia, su omnisciencia, su omnipresencia, su autoexistencia e inmutabilidad, se resumen en esta palabra, *Todopoderoso*. Solo el Dios que posee la plenitud de la perfección y la majestad infinita puede verdaderamente ser todopoderoso y soberano sobre la creación.

Lamentablemente, en muchas iglesias se habla muy poco del “Dios Padre, Todopoderoso” que afirma el credo. Las descripciones superficiales de Dios y la retórica vacía han reemplazado la rica herencia confesional del cristianismo. Por desdicha, muchos púlpitos proclaman una visión truncada y distorsionada de Dios. Muchos predicadores pasan por alto la rica enseñanza de las Escrituras acerca de la santidad, la justicia, la gloria y la majestad de Dios, y nada más proclaman “un dios cualquiera”. El Dios del cristianismo no es un dios cualquiera. Él es el Padre Todopoderoso, el Padre para quien nada es imposible, el Padre que posee todo el poder, el que creó por el poder de su Palabra y que reina para siempre.

Adorar al Padre Todopoderoso

El punto de partida del credo es la afirmación de que Dios es el Padre Todopoderoso. Esta verdad es también el punto de partida de nuestra adoración. Como dijo Pedro Mártir Vermigli, un líder menos conocido de la Reforma, esta sola declaración del credo debería servir para “desechar como sinsentido lo que sea que hombres problemáticos o sus propios molestos pensamientos sugieran que contradiga lo que las sagradas profecías o las divi-

DIOS PADRE, TODOPODEROSO

nas promesas contienen”.¹⁴ Cada doctrina y cada pensamiento se compara con esta afirmación acerca de la autoridad soberana de Dios. Si se queda corto, como sostuvo Vermigly, ha de ser desechado como “sinsentido”.

El Dios Padre, Todopoderoso, es el Dios al que adoramos en canción, en actos y en la predicación de la Palabra de Dios. Todos los himnos deben reflejar y exaltar a este glorioso Rey. Toda predicación debe sujetarse a su reino glorioso. Todas las obras de servicio y amor deben consagrarse a la gloria de su nombre. Esta afirmación de Dios como “Padre Todopoderoso” debería regir en nuestros himnos, en nuestra enseñanza y en cada momento de nuestra vida diaria.

14. Pietro Martire Vermigli, *The Peter Martyr Reader*, ed. John Patrick Donnelly (Kirksville, MO: Truman State University Press, 1999), 9.

